

MIGUEL G. RODRÍGUEZ LOZANO, prólogo selección y notas. *Sin límites imaginarios. Antología de cuentos del norte de México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2006. (Letras del siglo XX). 255 pp.

Sin duda, toda antología significa una serie de posibilidades, de rutas abiertas ante los ojos del lector; por consiguiente, para evitar extravíos, importa que la guía en este recorrido sea clara; es decir, que tanto los parámetros de selección, las notas y, por supuesto, los textos mismos, permitan distinguir los criterios establecidos para su inclusión.

En la antología que nos ocupa tal “requerimiento” se cumple acabadamente; Miguel G. Rodríguez Lozano delimita desde un principio sus propósitos:

Si bien es cierto que en el siglo xx la cantidad de antologías dedicadas al cuento, generales y particulares, se acerca a las doscientas, también lo es el hecho de que a muchas de ellas les falta el rigor metodológico que uno espera cuando quiere establecer pautas de lectura, líneas cronológicas o generacionales. Y es que la antología debe ser un riesgo, una proposición que quebrante de algún modo lo realizado [...] (12).

Con el riesgo como método, el estudioso, profundo conocedor de la llamada narrativa del norte o de frontera, comienza por revisar los modelos clásicos del género; asimismo, comenta los principales trabajos realizados en el rubro de las antologías dedicadas a narradores del norte de México. Varias propuestas surgen de dicho reconocimiento, una de las esenciales sería, en palabras de Rodríguez Lozano: “ampliar la visión que se tiene de la cuentística del norte sin reducirla a etiquetas [...]” (18). Por tal motivo, el volumen reúne, no sólo a cuentistas de todos los estados fronterizos, sino una amplia gama de subgéneros: cuentos de tintes fantásticos, policíacos, de ciencia ficción, intimistas, realistas, de mini ficción, etcétera. Tal diversidad da cuenta de la riqueza escritural producida lejos del centro y, por lo mismo, menos difundida.

Entre los criterios más afortunados de esta antología se encuentra el de introducir a los cuentistas en orden cronológico del presente al pasado; dicha disposición permite conocer las últimas propuestas narrativas y contrastarlas con las anteriores, advirtiendo así cambios, evoluciones, preocupaciones y recurrencias.

La apuesta por los nuevos autores es otro de los acertados riesgos que asume el antologador. Autores noveles quienes, con un primer libro, se constituyen ya en clara referencia del qué y del cómo se escribe en el norte del país. Esta perspectiva cambia cuando se trata de un único libro de creadores mayores de cincuenta años (Rosario San Miguel, por ejemplo), pues lo primero que viene a la mente del lector es la pregunta: ¿Qué pasó con ellos? ¿Abandonaron la escritura? Si sus cuentos merecen ser antologados sería deseable conocer un poco más de su trayectoria intelectual.

Otro de los retos fuertes del libro consiste en elegir, siempre que esto fuera posible claro, textos no recogidos en otras antologías o bien versiones corregidas de tales cuentos; dicha alternativa significa la oportunidad de leer algo diferente de autores ya reconocidos (Luis Humberto Crosthwaite, Regina Swain, Eduardo Antonio Parra); quizás esta sea la causa por la cual la elección de un texto tan divulgado como “Sonatina” de Rosina Conde resulte un tanto discordante, pues me parece que contribuye a limitar la interpretación de la obra de esta sugestiva autora.

Un aporte más son las notas que introducen a cada autor, pese a su brevedad, apuntan claras líneas de interés para el lector. La bibliografía no sólo confirma el rigor de esta investigación, sino que representa una gran herramienta para el estudioso. Dato curioso que al final se encuentren una bibliografía de autores no antologados, ¿para qué resaltar a quién ha quedado fuera? Basta tan sólo con leer el índice.

Como es sabido, una antología se define también por sus ausencias significativas; llama la atención por ejemplo, la omisión de tres de los más importantes narradores nacidos en el norte y cuyos textos frecuentemente se sitúan o hacen referencia de alguna manera a su tierra natal, a su espacio, me refiero a Daniel Sada, Federico Campbell y Cristina Rivera Garza. De los dos primeros Rodríguez Lozano explica su exclusión debido a que ya hace más de diez años que radican en el Distrito Federal; desde mi punto de vista, mudar de domicilio no implica, cuando menos no siempre, cambiar de preocupaciones, de estilo, de visión. En el caso de Rivera Garza, no existe ninguna justificación del por qué alguno de sus excelentes textos no figura en la antología. La calidad de la cuentística de estos tres escritores merece ser tomada en cuenta, sean “conocidos” o no.

Pese a la observación anterior, *Sin límites imaginarios. Antología de cuentos del norte* cumple con la promesa de su título (muy sugerente por cierto): derribar las falsas fronteras geográficas pero, sobre todo, literarias. Los relatos aquí antologados demuestran claramente que a la hora de narrar el único parámetro válido es el de la calidad.

De esta forma, la propuesta antológica que presenta Rodríguez Lozano, por un lado contribuye a una labor por demás urgente: descentralizar la narrativa mexicana y difundir la excelente prosa producida en el norte del país; por el otro, invita a correr un riesgo conjunto, del cual, en este caso, el lector sale ganando.

RAQUEL MOSQUEDA RIVERA  
Seminario de Edición Crítica de Textos  
Instituto de Investigaciones Filológicas